

El tejido de la fenomenología:

Antonio Ziri3n Quijano



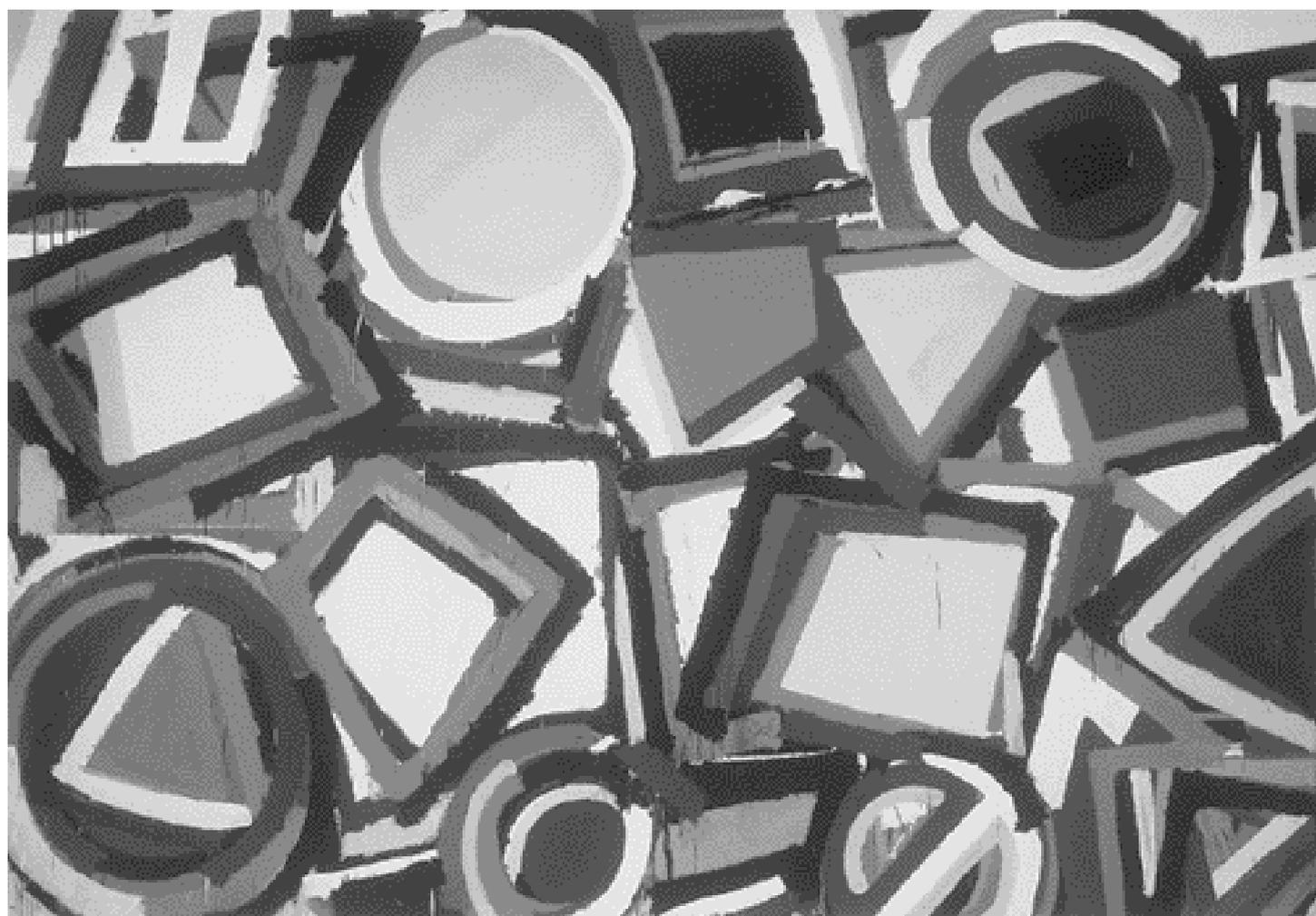
Salvador Gallardo Cabrera

Habría que mostrarlo con mayor detenimiento pero parece que la actual configuración del mercado editorial —un mercado de lo previsible en el que el régimen de rotación rápida de los *bestsellers* marca la pauta— es sólo el engranaje frontal de un espacio literario prefabricado, impuesto y asfixiante. Un espacio donde hasta los especímenes extraños, las sintaxis nuevas, inesperadas, se adaptan a la forma prevista por el mercado, así sea oblicuamente.

¿No suena todo esto a pesquisa paranoica? ¿A exageración que sobrevuela la

realidad de un mercado local periférico, reducido, y de unas prácticas editoriales, señaladamente las institucionales, poco exitosas? Las fusiones y las megafusiones de las casas editoriales, una cierta estandarización del diseño, la creación de famas súbitas, la planeación editorial sujeta al *marketing*, los intentos de fabricación de un lector estándar son, al menos, indicios sobre los que habría que detenerse antes de recomendar un té de medida al pretendido paranoico. Véase un ejemplo: los libros de filosofía y teoría en general requieren una difusión

progresiva y una rotación lenta. Como estas condiciones son más difíciles de cumplir cada día, el mercado ha venido fabricando, con mayor celeridad desde finales de los años ochenta, unas líneas de sucedáneos que empaten con su dinámica. Biografías amarillistas de filósofos, diarios “secretos”, discusiones, entrevistas sobre los problemas de “actualidad”, investigaciones sobre filia-ciones políticas vergonzosas, correspondencias personales que abordan aspectos “íntimos”, revelaciones sensacionalistas. En esa misma dirección se ha detonado el *boom*



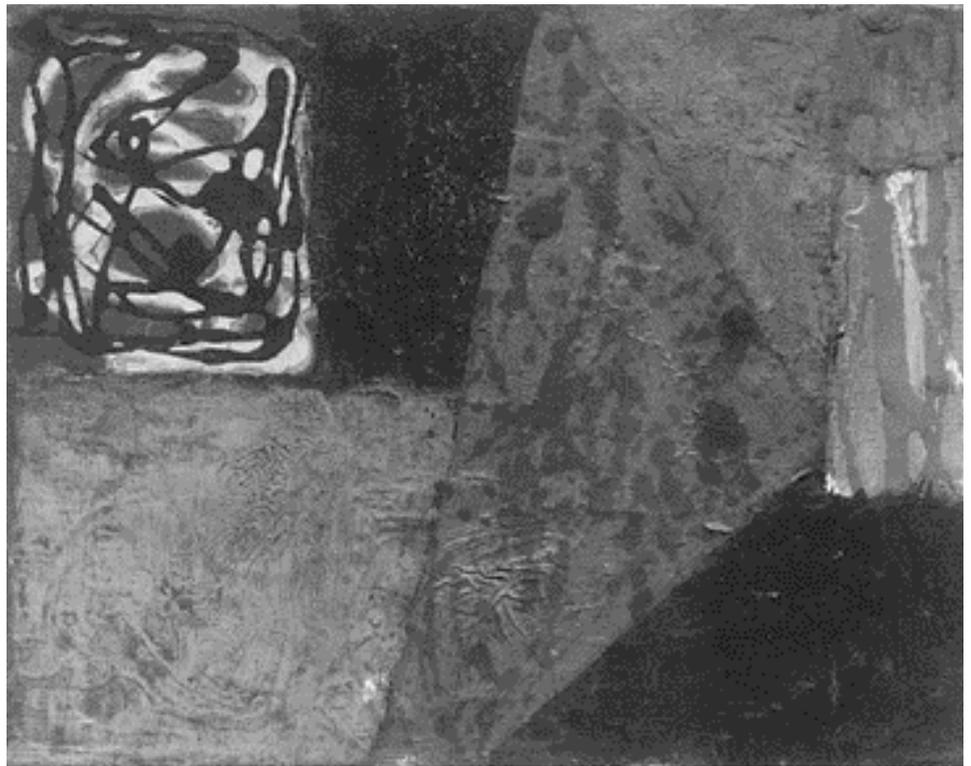
Al Held, *Sin título*, 1960

de la ética: la filosofía circunscrita al pensamiento ético y moral. Por medio de estos recursos muchos filósofos se han vuelto visibles, son llamados a la televisión y a la radio para opinar sobre los más diversos temas. Los periódicos los buscan. Los políticos los citan. No habría nada que objetar si no fuese por las mediaciones tramposas; la simplificación total y gratuita.

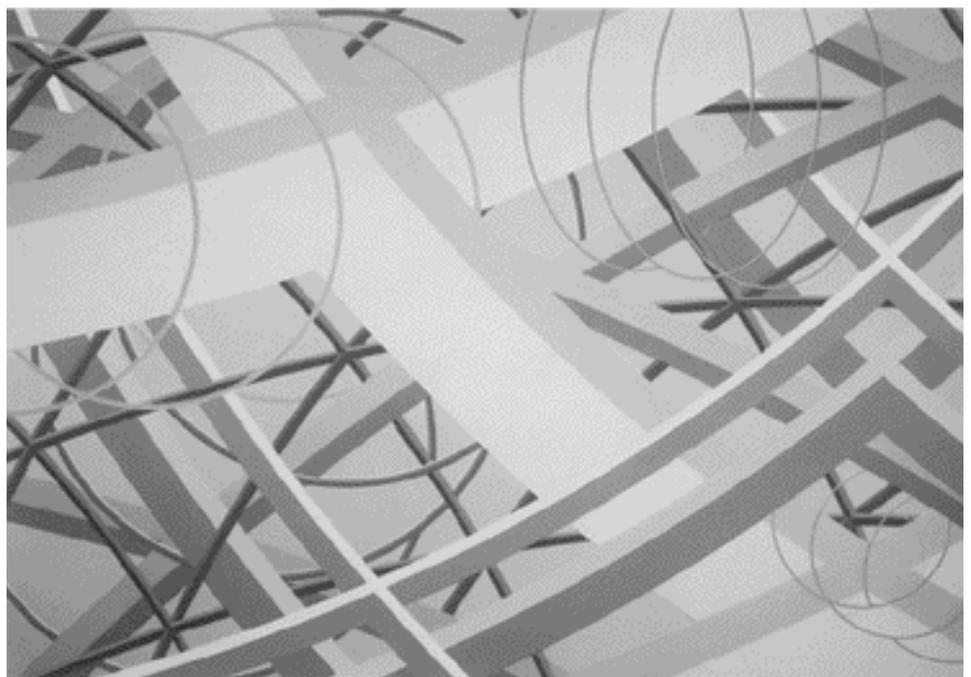
En el campo editorial también hay contraejemplos de trabajo creativo. El libro que nos ocupa procede de una opción independiente, no gubernamental, que persigue tres objetivos: la autodeterminación por lo no lucrativo, la autonomía sustentable y la promoción de la diversidad de escrituras. Con diez colecciones y una apuesta por el rescate de los oficios tradicionales en tipografía y encuadernación —los libros tienen tapas duras y están cosidos a mano—, los editores tienen el reto doble de generar una vía fluída de distribución desde Morelia y de no agotarse en particularismos locales.

Por lo pronto, nos proponen esta *Historia de la fenomenología en México*; un libro ambicioso, sustentado en un amplio registro documental y escrito con rigor encantado y claridad. La fenomenología ha sido una de las últimas tendencias filosóficas en buscar el estatuto de ciencia. Una orientación decisiva en el curso de la filosofía en el siglo XX; tanto por su despliegue propio como por los rechazos que provocó. Las nuevas generaciones casi no lo perciben, porque la oleada fenomenológica hace mucho que se retiró, pero algunos de los libros que configuraron nuestra actualidad filosófica, como *Las palabras y las cosas*, de Michel Foucault, fueron escritos polémicos contra el pensamiento de Husserl y de Merleau-Ponty.

El libro que se reseña se ocupa de la fenomenología que surgió o derivó de las obras de Edmund Husserl (1859-1938). Antonio Ziri3n hace un recorrido cronol3gico desde la aparici3n de los trabajos fenomenol3gicos en nuestro pa3s, a comienzos de los a3os treinta, hasta nuestros d3as. As3, revisita las exposiciones pioneras, y un tanto elementales, de Antonio Caso; la animadversi3n que profesaba Vasconcelos por esa filosof3a “abstrusa, mal escrita, subdividida en capillas, artificiosa y falsa”; los trabajos de Samuel Ramos; de Eduardo Garc3a M3ynez y otros disc3pulos de Caso; la renova-



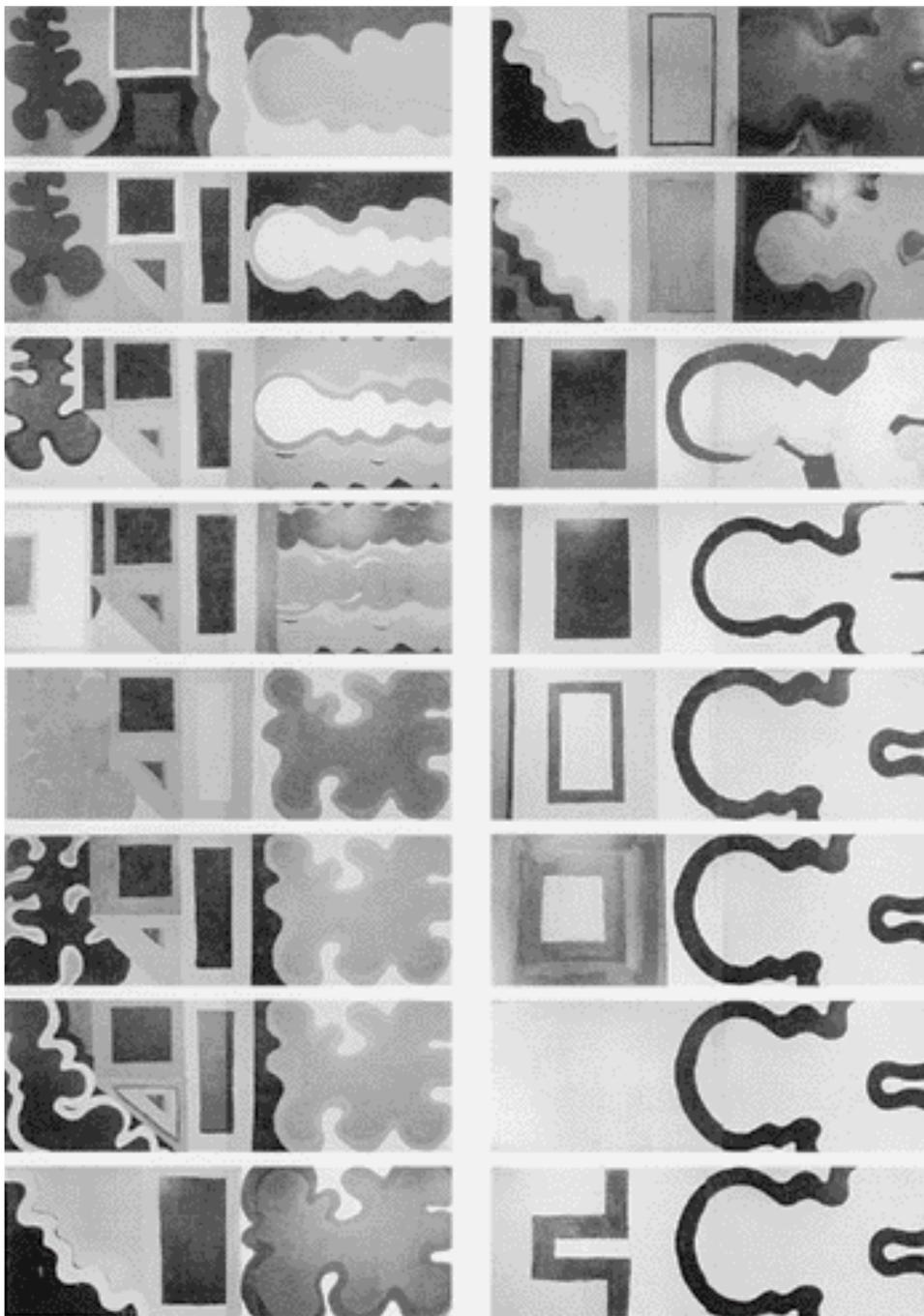
Al Held, *Pollock-Mondrian*, 1952



Al Held, *Flujo*, 1980

ci3n y la profundizaci3n que traen consigo los fil3sofos espa3oles en los a3os cuarenta (Joaqu3n Xirau, Gaos, Garc3a Bacca, en su fugaz paso por M3xico, Recas3ns, Nicol); algunos de los miembros del grupo Hiperi3n (Uranga, Porrilla, Villoro —con este 3ltimo, explica Ziri3n, la asimilaci3n reflexiva de esta disciplina filos3fica en M3xico llega a su madurez—); m3s ac3 del grupo Hiperi3n aparecen: Salmer3n, Rossi, Castro, Trejo, Padilla. Por 3ltimo se analiza la

situaci3n actual y se hace un balance global. Antes de dar cuenta de ese balance, debemos agradecer a Antonio Ziri3n por seguir algunas ramificaciones que escapan a la pr3ctica filos3fica acad3mica. Encuentra, por ejemplo, “m3s fenomenolog3a” en *El deslinde* de Alfonso Reyes, “que en muchas de las llamadas ‘fenomenolog3as’ escritas por fil3sofos y presuntos fenomen3logos de M3xico y otros pa3ses...”. Tambi3n, le sigue la pista a la asociaci3n que hace Octavio Paz,



Al Held, *Génesis*, 1963

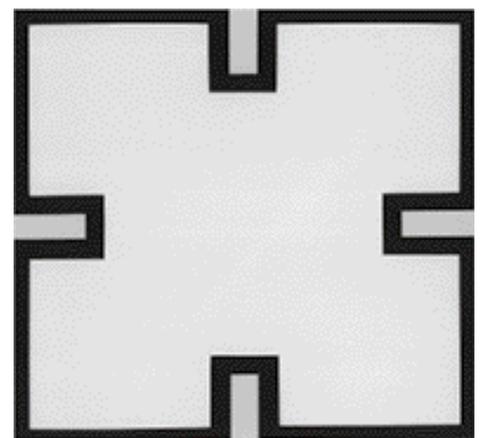
una especie de extracción de conceptos. De ahí la reducción de los célebres principios husserlianos a meras fórmulas de cajón: el proceder descriptivamente, el atenerse a lo dado, el guiarse por las cosas mismas y la utilización de la intuición. Reducción que propició, por un camino, una identificación con el idealismo de corte platónico y, por otro, la comprensión de la fenomenología como un paso preparatorio al existencialismo. El balance, entonces, no es muy favorable. Quizá la disposición episódica cronológica del libro no permitió hacer cortes en diagonal para analizar cómo se fue diluyendo la fenomenología en México, cuáles fueron los resortes que movieron a los filósofos a buscar otros campos, y por ello, al final, se tiene la sensación de una imposibilidad consustancial al propio “movimiento” fenomenológico.

Con todo, la práctica de la fenomenología está viva en México —y en otras partes del mundo también gracias a los escritos de Lévinas y Derrida, entre otros. Ziriión prepara el *Diccionario Husserl*, un léxico bilingüe de conceptos husserlianos, y el Círculo Latinoamericano de Fenomenología celebra coloquios, publica sus memorias y tiene un sitio en internet (<http://www.filosoficas.unam.mx/clafen/>). Ojalá que estos empeños lleven a una mayor apertura y no a una escuela más o menos cerrada —blindada— de trabajo común o a una búsqueda quimérica de una noción *total* de fenomenología. ■

en las conferencias sobre “*El más allá* de Jorge Guillén”, de la idea de la poesía pura con las reducciones fenomenológicas: “la fenomenología desemboca en tautologías”, decía Paz, y remataba con lucidez helada: “pero la tautología es, quizá, la única afirmación metafísica al alcance de los hombres”.

A pesar del apogeo que tuvieron los estudios fenomenológicos en los años que van de 1950 a 1965, Vasconcelos tuvo razón: la fenomenología no se volvió popular en México. Pero el problema no está en la popularidad —ese índice que confronta artificiosamente la temperatura de las calles con una comunidad profesional

establecida que, si se ha aislado, no es por una oscuridad implícita en las filosofías contemporáneas sino por la configuración propia de las universidades, del sentido autorreferencial de las instancias calificadoras y de sus mecanismos de reproducción del saber. La cuestión estriba, según explica Ziriión en su balance, en que el movimiento fenomenológico mexicano “no ha sido realmente importante como tal” y “tampoco tuvo suficientes desarrollos u obras individuales de nivel o calidad excepcionales”. La fenomenología fue considerada, ante todo, como un método; no se asumió su curso, su tejido profundo. Se le practicó



Al Held, *Cruz de Malta*, 1964

Antonio Ziriión Quijano, *Historia de la fenomenología en México*, Red Utopía, A.C. / *jitanjifora*, Morelia, 2003, 476 pp.